



Tim Keppel

La balada de las jorobadas





Traducción de Julio César Mejía

Mientras que iba en la lancha en dirección a la isla de Gorgona, con el agua salpicándole la cara, el olor de los chalecos salvavidas y el rugido del motor, John Waite pensaba en las ballenas. Junto a él iba una joven vivaz, antipática, flacuchenta, de pelo largo, piel color brandy y dientes blancos que le daban un aire de inocencia. Y su nombre: Paola. No la Paula simple del inglés, sino PaOla, con esa inspiradora “O” justo en el medio, esa “O” redonda, abierta, imposible de pronunciar sin entusiasmo. ¡PaOla! ¡Me robaste el corazón! Sin ser viejo, Waite era notoriamente, quizás hasta escandalosamente, mayor que la muchacha. Pero llegado a este punto, ¿qué le importaba?

Olfateó la humedad de su morral para asegurarse de que era agua salada y no una filtración de licor. Una de las reglas de la isla era que estaba prohibido consumir bebidas alcohólicas, tenía que ver con la

gran cantidad de culebras que había allí y cómo el efecto adelgazante del alcohol sobre la sangre apresuraba la acción del veneno y no daba tiempo suficiente para llegar al continente. Waite había empacado una botella de whiskey y un buen paquete de yerba. ¿Qué le podían hacer, meterlo a la cárcel?

Se había enterado unas semanas antes. El médico le ofreció quimioterapia vía intravenosa o pastillas, o nada, “si lo prefiere así”. En algún momento dijo: “Con las pastillas puede viajar”, lo cual le ayudó a Waite a tomar una decisión.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Haga lo que tiene que hacer.

Dejó sus asuntos personales tirados y reservó un vuelo a Miami y de ahí hacia Cali.

Una ola lamió el bote y Paola se agarró del brazo de Waite. Él sintió un repentino impulso de ternura cuando la vio cubrir el morral amarillo y verde que le había comprado. Con su poncho, la protegió galantemente de la mojada.

Waite continuó con su carreta sobre las culebras y los micos y los peces tropicales que verían en la isla. Y después, para cerrar con broche de oro, irían a ver las ballenas jorobadas.

Paola soltó un gemido.

—¡Uy, creo que voy a trasbocar!

Waite le dijo que se tomara la Dramamina, pero ella no quiso.

—Qué bobada —dijo Waite—. ¿Entonces prefieres marearte?

—Las pastillas son malas para uno —dijo Paola—. Mucho químico.

Paola tenía una cantidad de esas ideas raras. Creía que si uno leía en el bus se le podía desprender la retina, y que las pecas aparecían por no secarse bien las goticas de agua antes de exponerse al sol. Y le había dicho que uno nunca debía tomarse la sobremesa hasta no terminar toda la comida.

—Que *équé?* —dijo Waite.

—Bueno, ¿cuándo has visto a un perro comiendo y bebiendo al mismo tiempo?

Paola era todo un caso: supersticiosa e impulsiva, mimada y necesitada; se enfurruñaba por razones desconocidas y luego se ponía eufórica y se salía de control. Era tan delgada que se le veían las costillas (“¡Flaca, flaca, tiráme un hueso!”) y fanática de la salsa; el jazz le parecía “aburridor” y tenía la desafortunada costumbre de chuparse los huesos de pescado. Pero a Waite le gustaba la manera como ella le masajeaba a veces las orejas y en general se habían entendido bien; él vivía pensando que las cosas podían funcionar.

Waite la vio por primera vez el día que se registró en el Hotel Tropicana y le asignaron un cuarto que daba al parque enmarcado

de palmeras, desde el cual podía ver a los tinterillos con sus vetustas Rémington, haciendo documentos y cartas de amor para los analfabetos y los solitarios. Se alegró de verlos todavía allí, tal como los había visto muchos años antes, cuando estaba con Natalia, la que le destrozó el corazón.

Waite iba pasando por una tienda de ropa llamada “La Luna”, cuando vio a Paola recostada en la entrada, con la cadera ladeada y mascando chicle, una sardina de tacones y estraples, con esa mezcla de inquietud y refinado aburrimiento de una muchacha de diez y nueve. Se quedó observándola desde un café situado en la calle del frente. Sorbía un tinto mientras hacía planes y maquinaciones.

—¿Por qué no se los prueba? —le dijo Paola, mientras Waite curioseaba unos Levi’s chiviados. Lo condujo a un diminuto cubículo en el cual era casi imposible moverse y allí Waite se tropezó una y otra vez contra la pared hasta que de pronto Paola corrió la cortina.

Waite tenía los pantalones en las rodillas.

Paola se quedó allí, con los brazos cruzados, mirándolo ajustárselos.

—Se le ven muy bien.

Sonrió.

Waite aguzó la mirada y le contestó como alguien que no tiene nada —o que tiene todo— que perder:

—¿Te gustaría ir conmigo a ver las ballenas?

El sueño de Waite era así: sentía que se despertaba y oía voces que venían de afuera. Un resplandor azul brotaba del televisor, que estaba, extrañamente, puesto en el piso. Al notar que el otro lado de la cama estaba vacío, se levantaba e iba hasta la sala, donde veía que habían movido todos los muebles contra la puerta corrediza de vidrio. Había una cantidad de gente afuera, que hablaba y se reía, a muchos de los cuales Waite los conocía de toda la vida. Pero no podía acercárseles porque los muebles bloqueaban el paso.

Ahora el viento le hacía chupar las mejillas, formando una mueca macabra. Paola todavía se sentía enferma y rehusaba tomarse las pastillas. Es irracional, pensó Waite, pero como dijo Keats: “Los que razonan en el amor son incapaces de sentirlo”.

—Sólo espera a que veas las ballenas — exclamó Waite—. Vienen desde la Antártica, a 8.000 kilómetros de aquí, la migración más larga de un mamífero.

Toda esta información, todo eso que había almacenado en la cabeza: los significados de las raíces latinas, las vidas de los filósofos... ¿Para qué? ¿Para que súbitamente se borrara, como palabras escritas en un tablero?

—Me han dicho que hacen los sonidos más extraordinarios —siguió diciendo

Waite—. Los machos, durante la época de apareamiento. Largas secuencias de sonidos repetidos, que por definición son “cantos”.

—Estoy impresionada —dijo Paola con un gancho sarcástico. Ese era el tipo de cosas que ella hacía. Natalia nunca fue así. (De hecho, ella siempre quería que él se mostrara más entusiasmado; estaba cansada de su cinismo. Que fue en últimas la razón por la cual empezó a salir con otro. Pero ése era otro cuento).

Sin embargo, cuando llegaron a la isla Paola se presentó ante las autoridades del parque como la pareja de Waite. Eso tocó ciertas fibras íntimas de Waite. Después, camino a la cabaña, le preguntó si él pensaba que un hombre debía ayudar a su pareja financieramente.

Waite lo pensó por un momento.

—Depende.

—¿De qué?

—De si ella actúa como si no quisiera perderlo.

En Cali, Paola vivía cerca de la cárcel, en una calle con las bombillas del alumbrado rotas y oscuros personajes que lo observaban a uno con cara de ver qué le podían tumbar. El muro que rodeaba la casita de adobe estaba coronado de vidrios de botella. Adentro colgaba un cuadro de la Virgen. Paola, vestida con un vaporoso traje blanco, dijo: —¡Hola, Gringolandia!

En un restaurante en lo alto de la ciudad, mientras abría folletos y plegables de las agencias turísticas, Waite le contó sobre el viaje.

—No puedo faltar al trabajo —le dijo Paola, mientras sorbía un jugo de borjón con un pitillo.

—Dile a Claudia que te reemplace.

Waite había memorizado cariñosamente los nombres de las compañeras de trabajo de Paola, de sus familiares y sus personajes preferidos. La escuchó atentamente cuando ella le contó todo acerca de su libidinoso jefe contrabandista, y su situación en casa, con el padrastro recién muerto —asesinado, nada menos— y su hermana, que necesitaba mucho cuidado porque era —Paola buscó la palabra— *especial*.

—No puedo —dijo Paola—. Necesito la plata.

—¿Cuánto ganas al día?

Ella le dijo.

—Te ofrezco el triple.

Paola se enderezó.

—¿Qué crees que soy?

—¿Sabes todo lo que este viaje significa para mí?

Paola se mordió los labios.

—Tengo que hablar con mi jefe.

El solo hecho de ver la cabaña, rústica y cómoda, con una estrecha y mullida cama donde dormirían, casi hace llorar a Waite. Se los imaginaba a los dos consiguiendo un lugarcito en la ciudad, con una terraza donde podrían colgar una hamaca y mirar las

montañas en medio de la brisa del atardecer.

Waite le preguntó a Paola si alguna vez había estado enamorada. Sólo de Alonso, dijo ella, un tipo extraordinario, un loco que andaba siempre a toda, un hombre sin frenos. Lo conoció en una discoteca; bailaron hasta el amanecer. Ahí fue cuando le echó burundanga en la bebida y se la llevó a un motel. Paola se despertó furiosa pero rápidamente se calmó. Él era todo un encanto; no podía dejarlo escapar.

Una noche, luego de mirar televisión con él en el sofá, Paola lo despidió en la puerta. Momentos después escuchó el rugido de la Suzuki y luego cuatro disparos. Corrió afuera y lo encontró retorciéndose en el piso, mordiendo el pavimento.

...y ahora se encogía, mirándolo fijamente con ojos elípticos.



Se le escurrieron las lágrimas de solo contarlos. Esa tarde el director del parque dio una charla acerca de la fauna de la isla. Había tantas serpientes, explicó, debido a que hace millones de años esta isla era la cima de una montaña; cuando las aguas subieron, las serpientes buscaron las tierras más altas. Los españoles la bautizaron “Gorgona” por las hermanas de la mitología griega cuyos cabellos tenían forma de serpiente. El director del parque mostró varias culebras grandes conservadas en frascos con formol—corales, cascabeles, tallas X— y explicó sus diferentes características y la potencia del veneno.

Después mostró una película sobre las ballenas. Las jorobadas eran unas de las criaturas más fascinantes de la tierra, dijo. Sus sonidos hicieron que a Waite se le erizaran los pelos de los brazos. Era el sonido más extraño que había escuchado, y sin embargo le resultaba misteriosamente familiar, como si lo conociera desde siempre, o como si, de algún modo, siempre hubiera sabido que algún día lo oiría.

No parecía ser uno sino muchos llamados distintos, como si vinieran de muchos animales diferentes, o de uno que imitara al resto, a todo el reino animal. Había mugidos, chillidos, aullidos, bramidos y un sonido casi como un llanto, como si las inmensas criaturas estuvieran desesperadas por

explicar algo pero no supieran cómo hacerlo. Como si fueran apenas lo suficientemente inteligentes para saber que había algo que querían decir, pero no tan estúpidas como para que no les importara no poder hacerlo.

Los científicos no estaban seguros de la razón por la cual cantaban las jorobadas, decía la película, o del significado de sus cantos. Algunos pensaban que eran refinadas exhibiciones acústicas para atraer a las hembras. Otros creían que los patrones de los cantos ayudaban a las ballenas a comunicarse a través de grandes distancias, y tal vez a pasar información acerca del viaje.

Aquella noche Waite volvió a tener el mismo sueño, en el cual se despertaba y encontraba todo el mobiliario contra las puertas de vidrio. Podía ver a toda la gente que estaba ahí afuera hablando y riendo, pero no se les podía acercar, y ni siquiera podía hacerse ver.

Se despertó sudando, con el estómago hecho un nudo. A su lado, Paola respiraba profundamente con la boca entreabierta. Él quiso tocarla, agarrarse a ella, desatar todas las ansias locas de su corazón. En lugar de eso fue dando tumbos hasta su morral y sacó el whiskey. Luego de varios sorbos largos, recordó que no se había tomado las pastillas. Entonces sacó dos y se llevó la botella a la boca. No, eso no estaba bien, pensó, así

que las pasó con agua y después se tomó el whiskey.

En el morral de Paola se alcanzaba a ver una postal de la isla. Sin quitarle el ojo de encima, Waite la sacó subrepticamente. Los disparejos aunque resueltos garabatos de Paola lo conmovieron: *Hola Mamá. Me mareé en el barco. El gringo me compró un morral. Todo el tiempo lee y subraya todo. Me dice que no coma con los dedos...*

Waite volvió a poner la postal en el morral y se quedó mirando a Paola dormir. Había estado sin mujer en diferentes etapas de su vida; había jugado a la silla vacía con ellas, sin pensar nunca que se quedaría de pie cuando la música se detuviera. Decir que Waite tenía miedo de morir habría sido incorrecto; estaba aterrado.

Salió y se puso a mirar las estrellas; la noche estaba despejada y luminosa. Se tomó un sorbo de whiskey y se quedó escuchando el golpe de las olas. Desde que era niño le fascinaba el mar. Recordaba ir de chico caminando por el borde de la playa, con la chispeante agua a los tobillos, cautivado por los diminutos pajaritos que se acercaban cuando la ola empezaba a retirarse y retrocedían apresuradamente cuando ésta volvía, para evitar que el agua los hundiera. El recuerdo volvió con una fuerza inesperada, todas sus esperanzas e ilusiones; pudo revivir las sensaciones

exactamente como si estuviera otra vez allí, y de repente la idea de tener que abandonarlo todo se le hizo casi arrolladora. Le dio otro sorbo a la botella y en su mente empezó a escuchar el canto de las ballenas: esa balada noble, obsesiva, ese rugir y llorar y chillar, todos esos incomunicables mensajes de lo profundo.

Algo se movió entre el rastrojo; Waite brincó hacia atrás y se quedó quieto. Casi la pisa. Y ahora se encogía, mirándolo fijamente con ojos elípticos. La cabeza era ancha y triangular y el cuerpo gris, con bandas oscuras. Waite sintió una descarga de adrenalina e hizo algo que lo sorprendió a él mismo. Arremetió contra la culebra, toreándola, incitándola a atacar. El animal se enrolló y recogió la cabeza, batiendo su lengua larga y partida. Y atacó. Waite saltó hacia atrás; un tris más y lo alcanza. Después el animal se dio vuelta y se largó.

Cuando Waite abrió los ojos a la mañana siguiente, se encontró a Paola con un bikini verde limón de tiritas que cabría en un una copita aguardientera. Se había echado aceite sobre su piel canela. Daba vueltas y cantaba eufórica: había un baile esa noche.

Waite no era un gran bailarín, eso lo había dejado muy claro.

—¿Quién habló de bailar?

Paola lo miró asombrada.

—¡No lo puedo creer! —Saltó a la cama y

comenzó a brincar, cayendo cada vez más peligrosamente cerca de la entrepiera de Waite. La cama traqueaba con estrépito.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Waite—. Está bien, vamos. Pero mañana vas conmigo a ver las ballenas.

Ahora ella quería que le hicieran unas trencitas. Waite había pensado llevarla a caretear. Esperaba ansiosamente poder darle instrucciones, con paciencia y seguridad, cogiéndola por la cintura para que flotara.

Cuando Paola se estaba poniendo las sandalias, Waite sintió algo húmedo en el borde de los labios. Se tocó debajo de la nariz y los dedos se le untaron de sangre. Rápidamente se metió al baño y cerró la puerta, como con un ataque de pudor.

En un rancho de paja en la playa, una mujer robusta con un diente de oro estaba sentada en un banco; dos mujeres más jóvenes le ayudaban. Las tres fueron agarrando mechones y comenzaron a hacer las trenzas, rematando cada punta con una chaquiras de color vivo. Con la cabeza quietica, Paola disfrutaba la atención. Una varita de incienso de jazmín ardía en un tazón de barro y en la radio sonaba música costeña.

Las tres mujeres reían y charlaban con su animado acento, haciendo comentarios aparentemente relativos a Waite, que estaba

sentado a cierta distancia escribiendo una carta, haciéndose el que no prestaba atención. Una de ellas se dirigió a él en un inglés machacado.

—¡Ella quiere saber dónde se encuentra otro como usted!

Era la peinadora del diente de oro y estaba señalando a una de las muchachas, que sonrió tímidamente y se tapó la boca con la mano.

—Ella dice que se va y le lava los platos y le brilla los zapatos. ¡Jua! ¡Jua! ¡Jua!

Todas rieron. Waite también se rió. Miró a Paola, que volteó la cara para otro lado, apretando los labios.

Waite siguió con su carta. Le estaba escribiendo a su hermano menor, el abogado, el responsable de la familia: *Bueno, llegué; todo va según lo planeado. La isla es tan bella como la recuerdo, y me acompaña una hermosa joven que te haría morir de la envidia. Trabaja en un almacén de ropa llamado "La Luna". Ahí la puedes contactar. Quiero que le des lo que me vaya a tocar, ¿está bien? Poco a poco, o como quieras hacerlo...*

De pronto otra mujer entró al rancho, flotando en esencia de aceite de coco y un tintineo de chaquiras. Sacó una baraja de tarot y ofreció leerle la mano a Paola. Cuando le vio las ganas, la adivina subió el precio.

Pero Waite no se inmutó. Cuando todas las

miradas buscaron su respuesta, alzó los ojos y asintió galantemente.

Doblando hacia atrás los dedos de Paola y examinándole cuidadosamente la palma, la adivina anunció con una voz pausada, ronca, que Waite y Paola “envejecerían juntos”.

—¡Bravo! —gritaron las muchachas.

Paola quedó muda, anonadada por el peso de la profecía.

Esa noche en el kiosco, con la salsa a todo dar, Paola bailó la primera pieza con Waite. Hizo muecas cuando él le pisó los zapatos y trató torpemente de darle vueltas, llegando a tumbar una silla. Muerta de vergüenza, ella sugirió que más bien Waite se sentara y descansara mientras ella bailaba con un tipo de cabello recogido.

Waite se sentó en una mesita que estaba cerca de otras parejas. Tomó un sorbo del whiskey que escondió bajo la silla. Tenía la cara encendida. Oía el bombeo de la sangre en las orejas.

—Hola —le dijo en voz alta a la pareja que estaba junto a él—. Anoche casi me pica una culebra.

—¿Cómo? —gritó el hombre por encima de la música.

—¡Una culebra! —le dijo Waite—. ¡Casi me pica!

Se pasó un dedo por el cuello, y luego volteó

...Cada ballena canta una canción exclusiva de su grupo. Eso fue lo último que subrayó en el libro.



las palmas de las manos hacia arriba como diciendo, “Bueno, ¿qué le vamos a hacer?”

El hombre se quedó confundido y señaló los oídos.

Waite asintió y observó a los que estaban bailando. Todo parecía remoto.

De pronto, cediendo a un descabellado impulso, se levantó y comenzó a empujar su mesa y la pegó a la de la pareja de enseguida. Luego empujó la siguiente, y la siguiente. Puso seis o siete mesas juntas —Perdón, disculpen—, regando gaseosas y la esperma de las velas, hasta que toda la gente quedó sentada al lado, un grupo grande de gente, todo a solicitud de Waite, que comenzó a narrar su aventura con la culebra, hablando estrepitosamente, levantándose para mostrar lo que había ocurrido, de repente cogiendo vuelo, exagerando y adornando, haciéndose el temeroso y luego el temerario, el imprudente y el sabio, filosófico frente al destino. Citó *Julio César*: “El cobarde muere mil muertes, el valiente sólo una”. Waite nunca había sido tan divertido. ¡Y lo estaba disfrutando! Todos estaban impresionados, hasta Paola, que se recogió las trenzas detrás de las orejas y sonreía coquetamente. Por un momento todo fue perfecto.

Pero entonces la música arrancó y todos se fueron a bailar.

Waite se despertó antes del amanecer. Había neblina y hacia frío. Un pájaro nocturno cantó y un grillo rasgó una melodía. Waite se vistió silenciosamente y dejó dormir a Paola. En el espejo su cara no se veía mal del todo. Pero quizá era como las peluqueadas: siempre se ven mejor justo antes de parecer peor. Se aseguró de llevar la cámara, el bloqueador, la gorra. Luego abrió una caja de jugo y se sirvió dos vasos.

Al despertarse, Paola se estiró y bostezó.

—¿Por qué no te vas solo? —dijo.

Waite agarró la baranda de la cama. Lo sabía. Lo sabía. Se quedó

mirándola atentamente, interminablemente, tratando de decidir.

Finalmente asintió decididamente con la cabeza y arrojó el sobre en la cama.

—Ten —dijo—. ¿Puedes ponerlo al correo junto con lo tuyo?

Waite se recostó contra la proa del barco, con el viento dándole en la cara. Se quedó mirando fijamente al horizonte de nubes arremolinadas, lejos, muy lejos, donde el agua se juntaba con el cielo. Luego de un rato llegaron a un sitio donde montones de peces flauta saltaban del agua, y una cantidad de gaviotas se clavaban para sacarlas. Una buena señal, le habría explicado Waite a Paola, si ella estuviera allí.

De pronto el mar se quedó en calma y la luz del sol se descompuso en prismas. El barco disminuyó la velocidad y se calló, mientras se mecía entre las olas. Luego emergió un inmenso chorro de agua. Una columna como seis hombres de alta, que se expandía en el aire. Una enorme aleta trasera se levantó y cayó con un estruendoso golpe. Hechizado, Waite miraba cómo la gigantesca criatura salía y volvía a hundirse, para resurgir una vez más, rompiendo el agua majestuosamente. Después se sumergió —de algún modo Waite lo sabía— por última vez. Se clavó en la oscuridad y desapareció, dejando solamente un círculo de espuma que se desvanecía.

Con la cara ardiendo, Waite percibía en sus oídos sonidos presurosos y agitados, sonidos submarinos, gritos e inquisitivos alaridos... *Cada ballena canta una canción exclusiva de su grupo.* Eso fue lo último que subrayó en el libro. *Cada año las jorobadas producen un canto nuevo, el cual contiene elementos del canto del año anterior. Con el tiempo el canto cambia completamente.*

Waite se paró contra el viento y aspiró profundamente, sintiéndose eufórico, como se sentiría uno después de pasar un gran susto. *Esto es algo que puedo hacer.* Luego cerró los ojos y escuchó el canto.